Mitre ya nos había convencido en sus muy valiosos ensayos de la necesidad de estudiar a estos poetas, la calidad de los poemas incluidos termina por alejar cualquier duda al respecto.

Edmundo Paz Soldán
Universidad de California. Berkeley

José Antonio Mazzotti y Miguel Angel Zapata. *El bosque de los huesos. Antología de la poesía peruana contemporánea.* México: El tucán de Virginia, 1995.

El bosque de los huesos, es una antología de la poesía peruana de 1963 a 1993, preparada por José Antonio Mazzotti y Miguel Angel Zapata. Su objetivo es presentar a nivel internacional el complejo panorama de la poesía peruana y, sobre todo, a poetas desconocidos, aunque algunos de ellos con suficientes méritos para figurar junto a los muy reconocidos a nivel internacional, Antonio Cisneros, Rodolfo Hinostroza y Enrique Verástegui. La antología tiene ante todo carácter divulgador y didáctico de una poesía que, como dicen los antologistas con sobrada razón, pertenece una de las tradiciones más ricas del mundo hispanohablante. Y sin dudas, Mazzotti y Zapata consiguen sus propósitos: el apretado, vertiginoso, prólogo de 46 páginas, lo mismo que los 32 poetas incluidos, permiten al lector hacerse una idea bastante clara acerca de la poesía peruana actual. Por ejemplo, se puede captar el contraste entre la segura experiencia de poetas como Mirko Lauer y Carmen Ollé y la todavía vacilante factura, aunque a veces talentosa, de los más nuevos. Además, la cantidad de poetas presentados es sorprendente si tomamos en cuenta que toda antología supone su proceso contrario: la exclusión.

Dentro de esa visión panorámica, los autores toman tiempo para dedicar algunas páginas a un poeta como Hinostroza, a quien consideran, no obstante su reconocimiento internacional, uno de los poetas más

descuidados por la crítica. Así, el estudio desmonta el lenguaje poético de Hinostroza y sitúa a éste en sus fuentes y contexto. El resultado es iluminador. Además, Mazzotti y Zapata muestran cómo el grupo escogido renueva el lenguaje poético peruano al romper con la poesía nacional de los cincuenta, a la que el tono elevado apartaba de la lengua coloquial, y cuyo recurso favorito era la metáfora. Poetas como Hinostroza y Cisneros harán suya la tradición anglosajona, aunque este último encuentra su tono narrativo en un antecedente peruano: José María Eguren.

Quizás el rasgo más sobresaliente de los poetas antologados, y según apuntan Mazzotti y Zapata, es el carácter culto de su poesía, pero a la vez subyace en ellos un substrato coloquial. Se trata de una poesía que parece trazar una dialéctica de lo popular a lo culto. En otro sentido, llama la atención cómo la poesía peruana, por encima de sus rasgos locales, sigue los lineamientos generales del resto de América Latina: la transición de una poesía postsimbolista, preciosista quizás e influenciada por la poesía social española y el surrealismo, hacia una poesía de corte coloquial. Pero el matiz social resurgirá en lo que Mazzotti y Zapata llaman el tono épico, este último dentro de la tradición sociopolítica nerudiana o vallejana, aunque los antologados casi en su totalidad parecen haberse librado de la contagiosa sombra de Neruda. También hay reacciones enérgicas contra la poesía proselitista y hacia toda forma de totalitarismo, como es el caso de Hinostroza, cuya posición lo acerca a la de Octavio Paz, quien formó parte del jurado que premiara el celebrado *Contra natura* del peruano. Asimismo, si Vallejo se encargó de enterrar, con el uso de peruanismos y coloquialismos, a José Santos Chocano y su culta tradición novomundista, el matiz culto como ya se vio, resurgirá en los poetas seleccionados. Por eso, da la impresión de que en la poesía peruana, en lo que va del siglo, las

aparentes rupturas siguen nutriéndose de su propia tradición.

Estamos, pues, frente a una poesía en que la calidad y cantidad son paralelas, fenómeno excepcional, a mi criterio, en América Latina. Esa polifonía poética nos permite pensar que en las últimas tres décadas, la poesía peruana por su alto nivel está entre las mejores de la lengua española, si no es la más vigorosa. El gran mérito de Mazzotti y Zapata es habernos confrontado con la sospecha de esta última posibilidad.

Miguel Aníbal Perdomo
City University of New York

Santiago Colás. *Postmodernity in Latin America. The Argentine Paradigm.* Durham and London: Duke University Press, 1994.

Santiago Colás, profesor de literatura latinoamericana y comparada en la Universidad de Michigan, replantea a través de su libro el debate sobre la posmodernidad en nuestro continente. Para comenzar, Colás cuestiona las formulaciones ya "clásicas" de Linda Hutcheon y Fredric Jameson sobre dicho tema. En el primer caso, Colás critica la postura "anticontextualista" de Hutcheon planteando la imperiosa necesidad de tener en cuenta las condiciones sociales de producción de los textos para el caso latinoamericano. A Jameson, a su vez, le critica el carácter "totalizador" de su teoría al no tener en cuenta las "especificidades" propias de dicha región. De esta manera, Colás incorpora a su perspectiva de lo posmoderno latinoamericano dos aspectos que fueron centrales en las llamadas, por decirlo de algún modo, teorías de la modernidad; esto es, el contexto político social (desde Marx a Bajtín vía Lukács) y la idea de que existe una especificidad latinoamericana (desde Sarmiento a Lezama Lima pasando por Vasconcelos y Octavio Paz, por ejemplo). En esta perspectiva, pues, la posmodernidad se constituye, según parece, a

partir de las categorías heredadas. Lo nuevo no estaría en la forma, sino en el contenido de las mismas. La existencia de nuevos movimientos sociales y partidos políticos provenientes de la izquierda profundamente transformados en los que se desdibujan las visiones dogmáticas de los sesenta y en los que existiría, según Colás, una visión más pluralista y, por lo tanto, más democrática dentro del contexto general de un capitalismo transnacional es uno de los elementos que configuraría el nuevo contexto político-social posmoderno latinoamericano. Colás, tomando los conceptos de Benjamín Arditi, plantea la movilidad de toda práctica social que muchas veces se ubica en aquellos lugares que han sido dejados de lado como centro oficial de las reivindicaciones sociales; de lo que se trata, pues, es de tener en cuenta todas estas experiencias que desarticulan la idea de lo sedentario en beneficio de una "política del espacio" que actuaría ya no por fuera sino "vía el poder", /.../ "El caso concreto de la revolución sandinista en Nicaragua", dice, "sugiere que el concepto de revolución debe también ser transformado para acomodarse a una creciente flexibilidad, una renuncia al discurso de la ruptura total, y una democratización más amplia" (16). Al mismo tiempo, Colás incluye la idea de "hibridez" de Néstor García Canclini en relación a las prácticas culturales para quien el desarrollo de la modernidad en América Latina ha producido una "masificación" de la alta cultura y una "mercantilización" de lo "popular"; así, la idea de una "pureza" cultural proveniente tanto de la élite como de los defensores de lo nativo desaparece ante la presencia de lo "híbrido" (17). Sin embargo, para Colás, la posmodernidad latinoamericana no sólo se constituye a partir de "las ruinas de la modernidad", como planteara García Canclini, sino también como una respuesta a la posmodernidad americana y europea. Insistiendo en el carácter diferenciado de la región, de lo eterno heterogéneo, lo latinoamericano parecería constituirse